UNA MADRE

¿Llueve, Paulita? le pregunto abriendo los ojos cargados de sueño. —Lloviendo toda la noche sin descansar, señor, me contesta, al mismo tiempo que deposita cuidadosamente sobre el velador una humeante taza de café. En seguida cruza los brazos sobre el pecho y se queda inmóvil contemplando fijamente a traves de los vidrios de la ventana el cielo, de un gris sucio y opaco, cerrado por la lluvia torrencial. Yo, desde mi lecho, diviso confusamente allá, afuera, las siluetas de los árboles doblados por el fuerte viento del norte, las nubes tenebrosas que vuelan rápidas hácia el sur, los campos, de un verde tierno y brumoso, cubiertos de agua, los animales que vagan aquí y allá en los potreros como entumecidos de frio, las gotas que borbotean sin término en las charcas.

—Con este tiempo tan malo, los animales y los pobres son los que padecen—agrega Paulita contemplando tristemente embebida el paisaje.

Despues se vuelve hácia mí y me mira sonriendo, con los ojos brillantes, como invitándome a entablar una de esas charlas matinales a que la tengo acostumbrada, en las que tratamos largamente de toda la crónica doméstica de la casa de campo, de la que ella está mui impuesta como llavera del fundo que es desde hace largos años.

Es una viejecita de pequeña estatura, encorvada por los años y los achaques, vestida de riguroso luto, y a pesar del frio y la humedad de esa mañana de invierno, no lleva por todo abrigo sino un pequeño pañuelo de lana que apenas le cubre la cabeza y el cuello. Sus cabellos grises ásperos y fuertes, su color oscuro y bilioso, su estrecha frente y los pómulos y las mandíbulas mui pronunciadas denuncian a las claras su oríjen araucano. Solo los ojos son grandes, negros, rasgados e inteligentes. Por fin le digo:

—Y ha sabido de José?

Al escuchar estas palabras, un destello indefinible de orgullo, de embriaguez y de esperanza parece encenderse de súbito en el fondo de sus ojos que parpadean; se acerca a mi lecho y me contesta rápidamente en voz baja, confidencialmente:

—De José, de Josesito, mi hijo! sí, señor, ¿cómo no habia de saber! Está mui en grande por allá, en Antofagasta. Dicen que ya se salió de ese hotel y que ha juntado plata para poner una tienda. Dicen tambien que anda mui elegante, que parece todo un caballero. Yo lo decia que Dios habia de protejer a mi hijo tan bueno, tan amante, tan sometido y respetuoso con su madre. Cuando lo puse a servir, el primer sueldo me lo trajo hasta el último centavo, y me dijo: "Aquí tiene, madre, para que se compre todas sus faltas". Despues, cuando salia a verme, siempre me traia cualquier regalito. Decia tambien que yo ya no estaba para trabajar, que él me daria para que descansara en mi vejez. Ahora, tan arreglado, tan cuidadoso de su persona, tan sin vicios... Se interrumpe un instante, apoya la barba en su mano enflaquecida, suspira débilmente, y fijando sus ojos dilatados en el suelo, esclama con voz apagada, como hablándose a sí misma:

—Y ahora ¡tan lejos de mí el pobre niño! ¿Quién me lo atenderá por allá?...

—¿Y le ha escrito desde que se fué? ¿Le ha mandado algun recuerdo?

Al escuchar estas palabras su rostro moreno y amarillento parece demudarse de súbito, cierra a medias los ojos y contesta con voz estrangulada, sonriendo pálidamente.

—Sí... siempre me escribe... desde que se fué. Ahí tengo las cartas... se las traeré para que las vea... Es tan atento... Tambien me ha mandado algunos engañitos. Dice que no se viene porque no quiere llegar pobre aquí.—Suspira con esfuerzo, fija los ojos turbios e inciertos en la abierta ventana, y continúa:

—Y pensar que ya va para los tres años que anda por allá. ¡Esto es terrible para una, verse sola en la vejez sin tener a nadie que le cierre los ojos! Guarda silencio un instante fijando en mí su mirada triste y abatida y, en seguida, agrega con dolorosa sonrisa:

—¡Ah! señor, ¡qué crímen mas grande es la pobreza, porque si yo hubiese tenido algo, José no se me habria ido con ese caballero, su pariente, que le vino a formar tan bonitos planes para llevárselo al norte! Y ese hombre tiene la culpa de que yo esté padeciendo ahora, termina con voz fuerte, vibrante de cólera y desesperacion.

Trata de proseguir, pero la voz se le ahoga en la garganta, su boca se contrae convulsivamente, gruesas lágrimas asoman a sus ojos encendidos y resbalan lentamente por sus mejillas rugosas, y, por fin, murmura con acento entrecortado por los sollozos:

Y él... allá... al fin del mundo... y yo tendré que morirme aquí como un perro; porque esto me matará, esto me ha muerto, señor!

Se lleva al pecho las manos como tratando de desembarazarse de algo que la ahogara, se da vuelta, y se aleja rápidamente, tambaleándose, con el rostro contraido inclinado hácia tierra y la trémula cabeza hundida en los hombros.

Pocos dias despues de esta escena, estoi sentado frente a mi escritorio leyendo tranquilamente los diarios, que acaba de traer el correo de la mañana. Por la abierta ventana penetran los tibios rayos del sol de invierno; en el jardin que hai al frente se escucha el lento gotear de los árboles que sacuden el agua de la pasada lluvia, el grito estridente de las golondrinas, el confuso gorjeo de los pájaros saludando alegremente al buen tiempo. Grandes, espesas nubes blancas se divisan allá entre los árboles del camino real, destacándose inmóviles sobre el húmedo azul del cielo; y un hálito poderoso, embriagante de vida, cargado con el acre perfume de las yerbas silvestres y de la tierra mojada, llega hasta lo mas hondo de mi pecho. Todo lo que me rodea, parece nuevo, brillante, claro: los campos, las casas, los montes distantes, hasta la blanca torrecilla del Cementerio lugareño que contemplo, en lontananza, a traves de los álamos negruscos. Y yo me siento tambien ájil, lijero y alegre, con el corazon henchido de no sé qué vaga, indefinible esperanza.

De repente siento que la puerta de la habitacion se abre suavemente; rápidas pisadas que yo conozco mui bien resuenan tras de mí sobre la alfombra. Paulita está frente a mí; trae debajo del brazo un pequeño envoltorio; sus labios se ajitan como si desearan comunicarme luego algo importante. Con la luz fuerte y clara que penetra por la ventana, su rostro aparece demacrado, pálido y enfermizo; sus grandes ojos negros circundados de profundas ojeras violáceas brillan intensamente con los resplandores de la fiebre; pero su boca sonrie enigmática, maliciosa... Se inclina a mi oido y me dice misteriosamente:

—Hoi me ha llegado carta de él, sabe. Aquí la traigo para que la vea.

—¡Ah! José le ha escrito—le digo.

Me hace un repetido signo de afirmacion con la cabeza, al mismo tiempo que se busca nerviosamente algo en el pecho. Por fin saca un pequeño papel todo arrugado y me lo pasa cuidadosamente, diciéndome:

—Léamela, señor, para ver qué es lo que ha puesto ahí.

Es una breve carta que principia con el consabido: "Espero que al recibo de ésta se encuentre gozando de una completa salud; yo quedo aquí bueno, a sus órdenes. Esta es para decirle que ya mui luego me voi a embarcar. Espero solo juntar algo para el pasaje, porque hai que atravesar el mar.

"Tambien le diré que yo no me puedo hacer por aquí, porque no hai dia que no me acuerde de usted y de todos. Tambien queria decirle que el negocio mio es una cantina. Algo se gana, porque es mejor trabajar solo que no apatronado. Le mando esas cositas para que se abrigue este invierno y se acuerde de su pobre hijo.—*José Morales*".

Mientras deletreo pausadamente en voz alta esta epístola, la anciana, con la mano en la mejilla, las cejas fruncidas y una suave sonrisa en los labios, parece sumerjida en un dulce y embriagador ensueño.

De cuando en cuando, durante la lectura, exhala un suspiro entrecortado.

Al terminar, le devuelvo su tesoro diciéndole:

—José es un buen muchacho, porque se acuerda de su madre, y no es ingrato.

—Ingrato él—me contesta con una espresion de estravio en la mirada—¡cuando es el mejor, el mas bueno de todos los hijos! Vea, mire lo que me manda; y principia a desdoblar precipitadamente el paquete que traia bajo el brazo. Y allí, sobre la mesa, veo estenderse un pañuelo de colores chillones de los de rebozo y un jénero oscuro de lana, todo mui ordinario. Durante esta exhibicion, ella me mira a cada instante con aire inquieto, sonriendo orgullosamente, como diciéndome: ¡Qué le parece!

—Mui bonito, mui bonito está todo, y la felicito porque, al fin, va a ver a su hijo.

—Si ya va a llegar mui pronto, me contesta rápidamente, con los ojos ardientes, llenos de lágrimas.

Por fin, se aleja con su habitual rapidez, haciéndome alegres signos con las manos, ajitando triunfalmente, como un trofeo, su paquete.

Dias despues tuve que hacer un viaje a Santiago donde me llamaban diversos negocios urjentes.

Regresé una tarde; y conversando con el anciano mayordomo Simon sobre las novedades ocurridas en el fundo durante mi ausencia, le pregunté:

—Y ¿qué ha habido de nuevo por acá?

—Lo único que hai de nuevo, señor,—me contestó—es que doña Paulita está en las últimas.

—¡Cómo!—le dije sorprendido—¿y qué tiene?

—Hacia tiempo que andaba enferma, sin querer decir nada. Usted sabe lo ájil y alentada que era, pues se lo pasaba los dias enteros sentada en el corredor mirando para el campo, y tan triste, sin hablar cosa. Ahora, enflaqueciendo de dia en dia que era una compasion, hasta que se quedó en los huesos. Yo creo tambien que en mucho entraba la malura de cabeza, porque todo se le volvia hablar de José, que le habia escrito, que iba a llegar... Allá, a mi casa, iba siempre a mostrarme las cartas para que se las leyera, y entonces sí que se ponia contenta. Hace como diez dias cayó a la cama... Vino a verla el doctor, y dijo que era consuncion, vejez, y que no tenia para qué volver, porque la encontró sin remedio. Ayer traje al señor cura del pueblo para que le pusiese la estremauncion y la confesara. Está mui mala, señor; parece que no pasará de esta noche.

—Vamos a verla—le digo hondamente conmovido con la noticia.

Al entrar a la habitacion de la anciana, situada en la parte baja del edificio destinada a la servidumbre, ví a un individuo desconocido de manta, que estaba sentado en el umbral de la puerta, quien, al verme y para dejarme paso, se puso de pié respetuosamente con el sombrero en la mano.

En el interior de la humilde estancia, a pesar de ser de dia aun, una vela colocada frente a las imájenes difundia su claridad triste y amarillenta; algunas mujeres, sirvientes de la casa, arrodilladas aquí y allá sobre la estera, rezaban en voz sorda y monótona. De cuando en cuando un hondo suspiro ahogado interrumpia la fúnebre calma que reinaba en la habitacion.

Allá, en un rincon sepultado en la sombra, distinguí el lecho donde la anciana yacia. En su rostro terroso, profundamente demacrado, vagaba ya la fria majestad de la muerte. Sus ojos entreabiertos, como velados por una bruma espesa, se fijaban allá, mui lejos, en lo alto; sus labios fuertemente plegados denunciaban el misterioso y terrible trabajo de destruccion que se operaba por instantes en su sér; sus manos delgadas y huesosas vagaban continuamente sobre la colcha como tratando de cojer a puñados algo invisible que por el aire vagara y que se le escapaba siempre...

—Paulita—le digo en voz baja—¿me conoce?

Al escuchar estas palabras, su cabeza rueda lánguida sobre la almohada volviendo el rostro hácia mí, sus ojos se agrandan bajo las cejas fruncidas y sus labios se ajitan trabajosamente, pareciendo murmurar algo en secreto. De pronto su semblante se anima y dulcifica, un jesto de íntima satisfaccion se dibuja en su boca contraida y no sé que

luz interior parece iluminar su frente inmóvil; destellos fujitivos y ardientes se reflejan rápidamente en el fondo de las oscuras pupilas cual los últimos resplandores de una lámpara próxima a estinguirse, su cuerpo se ajita débilmente bajo las ropas, y, por fin, con una voz sorda, lejana, vacilante, entrecortada por el estertor de la agonia, murmura pausadamente, como en un sueño:

—José... Josesito... ¿estás ahí? ¿Haz llegado al fin, hijo?... Acércate... pero ¡tan flaco, tan distinto! ¿Por qué te pierdes ahora?... ¡Abrázame... así... Y tan elegante!... ¡Dios te bendiga!... Pero ya te vas... ¡No vuelves mas!

Despues lanza un grito ronco y profundo, hace una gran aspiracion, exhala un leve suspiro y se queda para siempre con los ojos entreabiertos y sin luz, fijos en el mas allá tenebroso...

Al ponerme de pié, veo a mi lado al individuo desconocido que estaba sentado a la puerta cuando entrara. Es un anciano de cabellos grises, pobremente vestido. Con la cabeza inclinada contempla fijamente a la muerta. Y yo para disimular mi emocion murmuro entre dientes:

—Pobre José, ¡cuánto va a sentir esta desgracia! ¡Tanto que queria a su madre, tan buen hijo!

El anciano, al escuchar estas palabras, hace un violento jesto de negacion con la cabeza, y esclama con voz velada, sonriendo irónicamente:

—José, buen hijo, señor! cuando es él quien tiene la culpa de lo que estamos viendo, de que mi pobre comadre...

—¿Cómo?—le digo mirándolo sorprendido.

—Sí, señor,—agrega—porque desde que se fué al norte, ya no se acordó mas de que tenia madre; no le escribió nunca: y como han llegado las noticias de que por allá las está echando de caballero...

—¿Y esas cartas que ella andaba mostrando a todos?

—Se las escribia yo, señor, que soi su compadre, porque la pobre vieja me decia que no queria que nadie supiera nunca que su hijo era un ingrato.

—¿Y los regalos?

—Los compraba ella misma en el pueblo con sus ahorros para venir a enseñarlos aquí en la casa. Yo creo que ella misma trataba de engañarse al fin, porque no tenia la cabeza buena de tanto sufrir...

¡Pobre doña Paulina, al fin ha dejado de padecer! y al terminar el anciano va lentamente a sentarse, allá, en el umbral de la puerta, donde se queda en silencio, meditando, al parecer, con la barba apoyada entre las manos.

FEDERICO GANA S.

25 de mayo de 1905.